

Reseña

Pulido Correa, Martha Lucía, 2003. *Filosofía e historia en la práctica traductiva*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 149.*

Juan Guillermo Ramírez**

Nos encontramos frente a un libro que rompe con los paradigmas de los (pocos) escritos que se han hecho en nuestro país sobre teoría de la traducción. En primera instancia, en lugar de empeñarse en resolver la perpetua polémica de la presunta traducibilidad o intraducibilidad de la literatura, pretende “descubrir ‘la verdad intuitiva’ de la que se ocupa el traductor, la transferencia que realiza, la función expresiva del lenguaje, los procedimientos de búsqueda utilizados para resolver los innumerables problemas que encuentra a lo largo de su trabajo” (xiii). Tampoco se preocupa demasiado por resolver la eterna dicotomía a la que otros teóricos han dedicado buena parte de su obra: la oposición entre fidelidad y libertad. Y por último, no proclama una metodología, una fórmula mágica, para llevar a cabo el proceso traductivo — que es lo que se espera de la mayoría de tratados sobre traducción. En lugar de esto, propone metáforas de trabajo —expresión de Steiner— : modelos de trabajo aplicables a determinado tipo de obras. A través de estas metáforas, la autora presenta su manera de trabajar textos literarios, los procedimientos utilizados, siempre transitorios y destinados a la transformación, según lo exija el texto a traducir.

En la introducción del libro, para dejar en claro su posición frente a lo que se ha dicho y hecho en traducción hasta el momento, la autora hace un recorrido por las teorías que se han encargado de la traducción literaria, que va desde autores como Steiner y Toury hasta recopiladores como

* Este libro es el primero de la colección Hermes. Traductología: teoría y práctica, del Grupo de Investigación en Traductología, la Escuela de Idiomas y la Universidad de Antioquia, que busca publicar traducciones y obras producto de trabajos docentes e investigativos sobre traducción.



Vega, Biguenet y Schulte. La forma de organización de su trabajo, se basa en la tríada que presenta Gadamer, correspondiente al proceso de interpretación: *Subtilitas intelligendi*, *Subtilitas explicandi* y *Subtilitas applicandi*.

Consecuente con esta organización, presenta la primera parte: *Subtilitas intelligendi*, en la que estudia la importancia de la traducción en la constitución de dos lenguas romances: el español y el francés. Aquí se emplea la metáfora del mundo como libro y del traductor como lector de éste; se ilustra, entonces, la manera como diferentes traductores contribuyeron a que ambas lenguas tuvieran acceso a un registro para la expresión del saber.

En el caso del español, examina los hechos que propiciaron el florecimiento de la traducción en la península Ibérica y presenta las metodologías de trabajo a las que acudieron los traductores de la llamada Escuela de Toledo, tanto en la época del arzobispo Raimundo como en el período alfonsí. Durante este recorrido histórico, se hace evidente la relación que existe entre traducción y los dos grandes centros del poder: la Iglesia en el primer período y el rey durante el segundo. En el segundo capítulo de esta sección se presenta el desarrollo del francés, particularmente frente al latín, a partir del siglo XIII. También se da cuenta de las concepciones existentes en la época acerca de la traducción y de su empleo como herramienta para expandir las posibilidades de la lengua.

Subtilitas explicandi es el nombre que recibe la segunda parte del libro. En ella se presenta la traducción como un acto de lectura, en primer lugar, y como un “acto de escritura de siempre recomenzar” (39). El traductor es, ante todo, un buen lector; y un buen lector, como afirma Nabokov, es un relector. Se aborda la concepción que Jorge Larrosa tiene de lo que es la lectura: la conjugación de dos aspectos, *saber* y *ser*. Así mismo, se cita a Barthes, para quien, al igual que para Nabokov, leer es releer: “el lector que relee para construir texto es un demiurgo mediador entre el creador y la obra creada” (42). Se aborda aquí, en suma, el proceso de lectura como proceso de interpretación, en la que el lector construye texto y permite que el texto se reconstruya. Para ilustrar esta situación, la autora presenta la obra *El cortesano*, de Baltasar Castiglione; cuya particularidad radica en su ambivalencia y polisemia que se explican por el hecho de que Castiglione, la escribió a lo largo de doce años, durante los cuales introdujo cambios según las circunstancias socio-políticas. Se comentan las múltiples lecturas de las que fue



objeto el texto y su posterior traducción al castellano, por parte de Juan Boscán. *Subtilitas explicandi* permite poner en obra una escritura que se piense a sí misma y que, por tanto, pueda interpretarse y descifrarse.

En el avance hacia *Subtilitas applicandi* se presenta un *Intermezzo*. Aquí se retoma el papel del traductor como lector, como un mediador entre la obra creada y su creador. La labor del traductor, como lector, es apropiarse de la obra; y esta apropiación sólo tendrá lugar cuando el traductor sea capaz de interpretarla, de escucharla. La autora define esta interpretación como “realización estética de la obra en el lector” (59). Aquí la relación autor-obra-lector adquiere pues un nuevo elemento: el lector traductor.

El proceso de interpretación no estaría completo sin la aplicación: es aquí donde falla la teoría de la traducción; se ignora la experiencia singular del traductor. En esta tercera parte, *Subtilitas applicandi*, se presentan dos de los problemas a los que se enfrenta el traductor literario: el de la transmisión de los sentimientos y de los tipos de sensibilidad expuestos en el texto original, además de la percepción de éstos por parte del traductor; y el estilo, el carácter que el autor impone a su obra. Continúa la autora haciendo una lectura de un texto de Samuel Beckett, acompañado de la traducción que se hizo de éste al español.

La autora presenta la obra de Beckett y analiza la estrecha relación que existe entre el autor y lo que no dice, que se evidencia particularmente en su autotraducción al francés. Define la tachadura como una forma de exteriorizar las experiencias interiores, como un reconocimiento del fracaso. Más adelante, y empleando recursos que recuerdan los procedimientos críticos presentados por Berman, presenta fragmentos de textos de la obra *Company/Compagnie* en inglés y francés (escrito por Beckett) y en español (traducción de Carlos Manzano), además de proponer su propia traducción.

En la sección titulada *De la geografía física a la geografía poética*, se presenta una visión totalmente novedosa del popular adagio *traduttore-tradittore*, que ilustra la imposibilidad de verter fielmente el texto literario. El traductor sigue siendo *tradittore*, pero en el sentido del traidor que revela un secreto que se le ha confiado: el traductor, que desvela el secreto que se esconde en el texto original, lo comunica después al lector de la traducción. Ejemplifica esta situa-



ción con los casos de la traducción al francés de los *Hain-Teny*, poesía oral de Madagascar, de Los cantos de Tassaout, cantos populares de tribus beréberes, del tachelhaït al francés; de estos últimos, escoge dos poemas interpretados por Mririda y nos da su versión al español.

La última metáfora de trabajo es la del espejo: la relación entre la obra y su doble. La obra traducida busca ser reflejo de la obra original; el espejo muestra a grandes rasgos la imagen del original, pero también oculta a la vista imágenes que no se captan en el reflejo. Esto es presentado en el epílogo del libro, que se basa en su traducción al español del poema *La conjuration*, del poeta René Char.

EL AUTOR

** Traductor Inglés-Francés-Español, Universidad de Antioquia. Profesor de cátedra de la Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia. Miembro del Grupo de Investigación de Traductología. Correo electrónico: jgramirez@epm.net.co

